

Adiós a un sueño, no se hace
 en la piedra el Paraíso, no hay espacio para el fruto;
 quién almorzará ahora si lo que irrumpe
 es la noche, manteles sucios de ceniza.
 Adiós al pan, al sabor de otra boca
 en la boca propia, al deseo de cebada y centeno,
 plano que se inclina para que rueden,
 esposados, palabra y cosa, hacia el abismo.
 En qué dialecto, por qué gracia,
 a través de que mecánica:
 si ahora viera tu rostro, cualquier rostro,
 lo creería mancha, error de un supuesto Plan
 que debiera ser blanco sobre blanco.
 Hay sangre, verdín, torpeza,
 crimen que no se oculta,
 vulgar locura de marino ebrio,
 Fuego de San Telmo visto por un instante
 desde alguna dársena a la que abandonaron,
 hace mucho, los pájaros. Adiós
 a la topografía, al número primo,
 a la balanza, a la señal en el cielo o la tierra;
 ya no vendré, no vendrás,
 no lloverá ni hará buen tiempo,
 todo será imposible, la voz dirá *no ha lugar*,
 y no habrá lugar alguno.



¿Le importa a la marea que carcome
 la escollera, a la medusa que habita en lo profundo,
 a la grasa que arde en la sartén,
 a las algas, a la lava? ¿Le importa
 a las púas, al reloj, a la humedad
 en la casa, a la cúpula en la niebla, a la niebla?
 ¿Le importa a la belladona, al estarcido,
 al cometa, al salitre, a la piedra en bruto
 o tallada, al fuego, al agua?
 ¿Le importa al zurcido, al polvo,
 al sonido, a la pala que abre camino
 o cava una tumba, al azul,
 a la huella en el barro, al dique, a los cardos?

Desde este no, negación
 cortada a cuchillo, en grandes pedazos
 y servida para alimento de las sombras;
 trapo que cubre la boca,
 animal que se ahoga en agua
 que apenas cabe en un balde.
 Desde este ahogo, aunque
 haya aire, porque
 cada cosa se alza para ocultar,
 cada ser se alza para ser ocultado.
 A quién alcanza el canto del gallo.
 A quién despojan de cielo.
 Porque el cielo no gira, la tierra no gira.
 Porque lo que muele, muele vacío.
 Brazo fibroso que se desploma.
 Pierna cortada a la altura del misterio.
 Y cuánto se moja de orines,
 cava en una carne de pulpo,
 enfila hacia duros empleos sin salario,
 tañe una campana de ceniza y polvo.
 Qué dicho en la hora muda.
 Qué oído en la matriz ciega,
 en la fina llama que a todo rasga
 sin que más allá del rasgón
 se perciba eje o médula de porvenir.



Quien destila anhela agua espesa,
 quien almuerza en el perfecto festín
 invoca a las cenizas, quien se arriesga
 en el infinito desea una pequeña casa,
 donde cada cosa esté a un paso de la otra.
 Oigo hasta el zumbido del insecto
 más remoto, pero la enfermedad está en mis oídos,
 espera con infinita paciencia manifestarse.
 Lámpara apagada en el vacío luminoso,
 vacío oscuro con una lámpara encendida:
 ya no sé si traigo vértigo o estrella fija,
 si soy flor tumbada en la arena,
 tal vez beato que se tiende en el camastro
 y sueña con espléndidos bodegones.

A Rubén Grau

Oídos, nariz, ojos: tiene que haber otra cosa.
 Otro modo de saber qué nos mata
 o nos salva, cuál es el destino real del largo viaje
 en el que estamos desde siempre embarcados
 y que apenas si alcanzamos a entrever
 en los ojos de los otros,
 en el vuelo de los pájaros de rama en rama.
 Tiene que haber una manera diversa,
 un instrumento más allá de la brújula,
 el compás, el cronómetro;
 de la tierra lodosa, por fin, a tierra firme,
 del mero número al color y sabor del número,
 de la sangre en la tierra a la sangre,
 para siempre, purificada por la luz, el agua.



¿Por qué la aguja en lugar del abrazo,
 en qué círculo de qué infierno
 residen el imposible desnudo,
 la imposible dulzura? ¿Por qué
 nunca el rastro del caracol sobre el vidrio,
 el retorno del olvidado instrumento,
 otra casa para la infancia,
 el vuelo del colibrí antes de la noche?
 ¿Hacia dónde la imploración,
 la analogía, el cansancio,
 lo que sentí puro, libre, a salvo?
 ¿Nací yo de un vientre,
 como todos? ¿Cómo llegué a él
 si yo siempre carecí de piernas
 y adelante la dilatada selva?
 Entonces, ¿quién me llamó como me llamo
 y, al hacerlo, me lanzó
 a la tierra pelada, el fruto sin fibra
 en la boca? ¿Quién
 me dijo *éste es el Sol*,
ésta la Luna, ésas las estrellas
y ésta, hijo, el agua que sacia
y todo, todo, lo ocupa?

Tal vez en el centro de cuanto observa,
donde todo se reúne y se concentra;
allí, quizás, el viajero que arriba sano a destino
y el niño que entra al mar y no se ahoga.
Allí, alimento y almohada.
Una música sin instrumento.
Tal vez en una escena que imagino,
la mujer en lo alto de la escalera,
el hombre al pie, llamándola
por todos sus nombres, incluso los secretos.
Entre uno y otro hay oscuridad
y ninguno de los dos lleva una lámpara.
Ella, ¿todavía recuerda su nombre?
Él, ¿habla su misma lengua?
Alfa y Omega, polo y polo,
¿quién se duerme sobre el hilo que los une?
¿quién, luego de dormir, despierta?



Todo comienza cuando no hay perdón,
ni salida hacia una claridad
al final del pasillo, con una mano débil
que apenas puede aferrarse al pasamanos,
cuando es tarde y nadie riega
el jardín olvidado por la lluvia,
las palabras arden sin humo
en los invernaderos vacíos,
todo se desata cuando el porvenir
se disipa, el presente se disipa,
las caras, aún las más amadas, se esfuman,
cuando la exploración acaba en el desierto,
todo se inicia cuando no queda follaje,
ni vuelo de ave, ni panes,
en el más crudo invierno,
en la más cerrada castidad,
en las ruedas hundidas en el barro,
en el desmayo de la invención,
en el fracaso del cálculo,
en la ceguera, en el exilio,
cuando sólo nos miran los animales, las estrellas.

¿Y si pierdo la conciencia? Resbalo
hacia lo inefable con mirada de cordera,
envuelto en polen seco, seca
mi boca desde la que se ausenta todo verbo
desde aarónico hasta zurubí.
Por el canal más estrecho, un pez sin ojos.
Por el canal más ancho, un ciervo sin ojos.
¿Y si pierdo el brazo derecho? Ríe
con risa sin causa, lloro
con llanto sin razón, acabado el libro
y conducido el niño al sacrificio;
sin cimiento, todo debe ser apuntalado
en medio de la tempestad,
nadie está desnudo,
nadie disipa el humo
para ver lo que arde, casa o zarza.
¿Y si retrocedo vidas hasta la almeja? Apoyo
un dedo en la sal; algo,
desde alguna parte, confirma
al mundo lo inútil de ese gesto;
más vale dejar que se retire
lo que deba retirarse
y acuda lo que deba acudir,
resuelta en hilos la alegoría
y de esos hilos sostenida sobre noche y abismo
lo que llaman alma y yo,
respiración de buey
que sabe de agua y sed y el resto lo ignora.



Ilustración: Xilografía de Javier Gil
a partir de un dibujo de Pablo Obelar,
revista Crisis N° 15

Ediciones Desmesura
pablojaviergil@yahoo.com.ar
N°12 - Agosto de 2013
San Carlos de Bariloche



CARLOS BARBARITO
POESÍA

S. C. de Bariloche

12

Agosto 2013